

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Coincidiendo con el cercano final del año litúrgico, las lecturas de este día nos hablan del fin del mundo. Tienen un lenguaje que, técnicamente, se denomina «apocalíptico». El género apocalíptico presenta algunas dificultades de interpretación. A pesar de ello, Jesús, en el evangelio de hoy, da algunas enseñanzas que son claras para todos.

En primer lugar, nos dice que **el mundo tendrá un final**. Hace que los apóstoles se fijen en las grandes construcciones promovidas por Herodes el Grande. Eran edificios magníficos, especialmente el Templo de Jerusalén. Para los contemporáneos de Jesús aquellas construcciones aparecían como firmes, sólidas y bien edificadas. Pero el Señor les avisa: «No quedará piedra sobre piedra, todo será destruido». Nada de lo que el ingenio humano es capaz de proyectar está hecho para durar siempre. Cuando los ingenieros diseñaron el Titanic pensaron que aquel barco, el mayor hasta entonces, duraría mucho. Sin embargo, un iceberg lo hizo resquebrajarse y hundirse. El mundo pasa, porque el hombre es, en lenguaje de Pablo, «ciudadano del cielo».

Jesús también alerta sobre **los falsos profetas**. Nos dice: «No creáis a los que hacen cábalas sobre el fin del mundo». Muchos han sido en la historia los que han predicho su final y se han equivocado. Hay que huir de lo extravagante, y de las doctrinas novedosas, que seducen con su apariencia pero no contienen más que engaños. Muchas sectas actuales se aprovechan de esa curiosidad malsana para ganar adeptos. Jesús nos previene. **Dios conduce la historia, y nos hemos de fiar de Él**: «Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá». En este mismo sentido, san Pablo corrige a algunos tesalonicenses que, entusiasmados pensando en un final inminente, han dejado de trabajar. La auténtica preparación consiste en mantenerse fiel a lo que debe hacerse. Fíjate en el consejo de san Ignacio: «Hacerlo todo como si hoy tuviera que comparecer ante el Juez eterno». No hay que buscar hacer nada extraordinario, sino perseverar en el bien.

Finalmente, el Señor nos advierte sobre **la persecución que vendrá**. Y nos avisa de que no hay que preparar la defensa. ¿Por qué? Seguramente porque si intentáramos prevenirnos, acabaríamos actuando de modo demasiado humano y olvidando nuestra vida eterna. **Es Dios quien conduce la historia**: «Yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro ».

Al final del evangelio de hoy se nos dice: «Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas». Algunos santos, como Tomás de Aquino, dicen que hay que pedir mucho este don, la perseverancia, que consiste en conservar la fe y la esperanza hasta el último suspiro.

Esto nos recuerda la importancia no sólo de pedir al Señor que nos conserve la vida de la gracia, sino también de acompañar a los moribundos en los momentos finales de su vida. Prácticas como «la recomendación del alma», o libros que ayudan a preparar la «buena muerte», han caído en desuso. Sería bueno recuperarlos. Nos puede ayudar la “Corona a la Divina Misericordia”, que para eso está. Y, sobre todo, no dejar de confortar y de rezar junto a los que se encuentran a punto de abandonar este mundo.